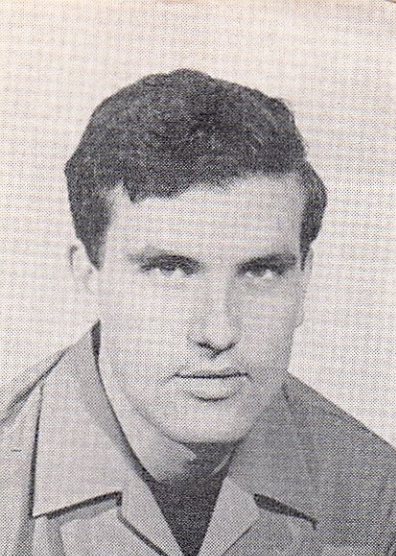




SEMINARIO TEOLOGICO SALESIANO SALAMANCA (España)

Salamanca, Jueves Santo de 1971

Queridos Hermanos:

Esta tarde de Jueves Santo, en que la Iglesia conmemora la institución del Sacerdocio, como precioso regalo de Jesucristo y como Presencia suya en la persona de sus ministros, me ha parecido la más oportuna para escribir la semblanza del estudiante de Teología

CARMELO BERZOSA NAVAZO

que entregó su alma a Dios en la tarde del día 21 de marzo, en su mismo pueblo de Hontoria del Pinar (Burgos). Conocedor de la proximidad de su paso al Padre bueno, sólo anheló, con toda su alma, recibir la Ordenación sacerdotal para satisfacer la mayor ilusión de su vida. Ya desde hacía algún tiempo se estaba tramitando el debido permiso de la Santa Sede, para poder adelantarle la sagrada Ordenación. La muerte llegó con mayor celeridad de lo que se esperaba. Y sus anhelos quedaron truncados de modo inexorable. Hoy, Jueves Santo, cuando desde este cenáculo del Teólogo de Salamanca contemplamos la grandeza del sacerdocio, como meta de las aspiraciones más nobles de nuestros 120 estudiantes de Teología, no podemos por menos de recordar al querido teólogo, fundada esperanza de un santo sacerdocio.

Hontoria del Pinar es un pueblecito burgalés donde se respira auténtica fe cristiana, empapando de sentido sobrenatural la vida normal de sus habitantes, hecha de piedad sencilla, de caridad y hospitalidad, de modestia. Allí nació Carmelo, el día 19 de mayo de 1944, siendo sus padres Juan y Juana; y sus hermanos, Benjamín, Ambrosio, Aderita y Carlos. Todos recuerdan su piedad infantil, presagio de su futura vocación salesiana y sacerdotal.

A los doce años pasó al Aspirantado de Zuazo de Cuartango (Alava), donde hizo los dos primeros cursos; luego, en Arévalo, completó 3.º, 4.º y 5.º. Al comenzar su quinto curso, el 5 de octubre de 1960, perdió a su padre. El Noviciado de Moherando fue testigo de su entrega al trabajo interior que había de hacer de él tan buen salesiano. Emitió sus votos el 16 de agosto de 1962.

Terminados los años de Filosofía, en Guadalajara, la Obediencia lo destinó a la Casa Inspectorial de Madrid (Atocha), como maestro y asistente; allí estuvo dos años; el tercero de su trienio lo realizó en Salamanca, Casa de Los Pizarrales. En este período de trabajo apostólico salesiano mostró la pureza de su vocación: había en él gran sentido de responsabilidad, aceptando los encargos de sus superiores y poniendo en juego su capacidad de iniciativa; gozaba de facilidad en su misión de maestro, sobre todo en materia de dibujo; alegraba a sus alumnos en el patio organizando campeonatos y deportes; prefería a los más pobres y se sentía muy contento

por haber sido destinado a una Casa salesiana donde todos los alumnos eran realmente pobres; un carácter sereno y amable le hacía disponible para colaborar con todos los Hermanos y para atraerse la estima y la amistad de los jóvenes; y, en el fondo y como fuente de tanta riqueza espiritual, su vida de piedad centrada en un sincero amor a Jesucristo, del que escribió en su diario: «El ideal de mi vida ha de ser Cristo y por ese ideal tengo que consagrarme».

En los primeros días de curso, en octubre de 1967, aparecieron en él síntomas de enfermedad difícil de diagnosticar. Internado en el Hospital Provincial de Salamanca, soportó, por dos veces, con gran entereza y sin quejarse, la punción del esternón. El temor de una leucemia crecía en la mente de los médicos. Se descubrió, finalmente, que padecía fiebre de Kala-azar, que, sabiamente tratada, desapareció pronto. Y pudo regresar a su querida Casa de Los Pizarrales, entre los chicos que tanto habían rezado por él.

Sus familiares nos hablan de sus visitas al pueblo: jamás se permitió un día más de los que tuviera asignados, ni le costaba trabajo regresar a la Casa salesiana; exacto en sus prácticas de piedad, edificando a sus paisanos; trabajador en las cosas de familia, como preparando habitaciones en la Fonda de su madre o arreglando el comedor, fabricando cuadros y adornos con gran gusto artístico; cariñoso con los suyos, no dejando de visitar a todos los numerosos familiares; amigo de todos.

Con tan buena disposición de ánimo, dentro y fuera de la Casa salesiana, se consagró definitivamente al Señor con los votos perpetuos el 10 de julio de 1968. Era consciente de que daba el paso de la entrega total, irreversible, como se desprende de los apuntes que ha dejado de la tanda de Ejercicios Espirituales que hizo previamente. Me permito copiar algunos párrafos:

«Todo en estos días ha de ir envuelto en esa idea de la profesión. Cuál es para mí el sentido de la misma y qué consecuencias tiene para mí. El ideal de mi vida ha de ser Cristo y por ese ideal tengo que consagrarme. La vocación pensada en estos días ha de llevarme al convencimiento definitivo de lo que Dios quiere de mí. He de pensar las consecuencias de mi decisión, para toda la vida. Entrega a Dios para siempre. La santidad como exigencia de mi vida ha de ser el motor de todas mis acciones... La vida del religioso ha de ser una continua alabanza a Dios...»

Llegó a este Teologado para comenzar el curso 1968-1969. Pronto se vieron en él las dotes que había manifestado en los años de su trienio; porque Carmelo era incapaz de disimular o esconder las propias habilidades cuando éstas podían prestar servicio a la comunidad. Ningún compañero recuerda a Carmelo en actitud de murmuración o de queja; tenía plena confianza en sus superiores para dejarse guiar.

El 29 de junio de 1969 recibió la Tonsura.

Su segundo curso de Teología resultó el principio del fin. Tras la biopsia de algunos ganglios, enormemente multiplicados y engrandecidos en su cuerpo, se llegó a la evidencia de su mal: mal de Hodgkin, cáncer de ganglios. Urgía una primera cura, a base de radiaciones de cobalto, que le fueron aplicadas en el Hospital Oncológico de Madrid, en los meses de mayo a octubre. Al que esto escribe le llamaron la atención la serenidad de su persona y la preocupación por sus estudios sacerdotales, haciendo esfuerzos para no perder oportunidades de exámenes y poder salvar el curso.

Regresó a mediados de noviembre de 1970, bastante mejorado por el tratamiento de cobalto. Los médicos se mantenían a la expectativa, temiendo nueva aparición del mal, la cual no dejaría esperanzas de curación.

Poco tiempo duró la paz; los síntomas volvieron a manifestarse ya en el mes de diciembre y los médicos juzgaron necesaria otra intervención quirúrgica para estirparle un bulto en el tórax; ya entonces las ramificaciones del cáncer se vieron profundas. Las previsiones de un año de vida que se calcularon al principio, se redujeron a pocos meses; y, en marzo, la muerte se precipitó sobre él con inesperada rapidez.

Mucho tenemos que agradecer a estos sacrificados médicos de Salamanca y de Madrid, quienes, al tiempo que le prodigaron todas las atenciones que el caso requería, se quedaron prendados de la grandeza de alma de Carmelo: «Era un enfermo excepcional; no es frecuente encontrar uno como él; sufría sin quejarse nunca. Por otra parte, había en él madera de apóstol; apenas podía, iba a visitar a otros enfermos del Hospital, para aliviarlos con sentido verdaderamente apostólico», nos ha dicho uno de los médicos que le trató desde su primera enfermedad, en 1967. Y así era en verdad; gozaron de su predilección los niños enfermos, a quienes visitaba en su mismo Hospital, para entretenerlos alegremente; y de quienes se preocupaba para que luego fueran admitidos gratuitamente en el Colegio; un joven a quien se le tuvo que amputar una pierna; un sacerdote diocesano de Lugo, con quien mantenía conversaciones sobre temas teológicos y conciliares; un anciano que se sentía abandonado y a quien Carmelo ayudaba y consolaba; ...

Para Carmelo, el ser salesiano, apóstol sencillo, afable, servicial, no resultaba cosa postiza o de algunos momentos; le salía de dentro, de su auténtica vocación que se identificaba con él mismo donde quiera que estuviese.

El 20 de marzo tenía que venir a Salamanca para recibir todas las Ordenes Menores. La fiebre que le sobrevino en los días anteriores le hizo faltar a la cita. Aquel mismo día, en la Casa Inspectorial, donde se encontraba para frecuentar el Hospital Oncológico, le sobrevino la gravedad que culminaría al día siguiente con la muerte.

El Sr. Inspector le expuso su situación. «Entonces, ¿no hay solución? —Mientras hay vida hay esperanza; pero conviene estar preparado—. Carmelo, después de un breve silencio, añadió, como expresión ya habitual en toda su vida sencilla: «Le doy las gracias por habérmelo dicho». Recibió los Santos Sacramentos. Desde entonces, su único deseo fue la ordenación sacerdotal; hubiera querido ordenarse aquel mismo día. Comprendió la imposibilidad. Pero su alma vivía la preocupación de sus compañeros teólogos: «Todo lo ofrezco por el Teologado». Su última firma, hecha ya con gran esfuerzo, fue para solicitar el sacerdocio. Sus familiares deseaban llevarlo al pueblo, para darle sepultura junto a su padre. Se lo propusieron al enfermo: «¿Quieres que vayamos al pueblo para ver si allí te repones? — Lo que digan los Superiores». En la mañana del día 21, en una ambulancia, acompañado por sus familiares y por don Eduardo Díez, Vicario Inspectorial de Madrid, partió para Hontoria del Pinar. Allí, en su pueblo, expiró a las 10 de la noche, besando el crucifijo y la estampa de María Auxiliadora que él, en sus momentos de conocimiento, intentaba poner sobre su corazón y guardar en el bolsillo del pijama.

Al funeral asistió el Sr. Inspector, acompañado de un nutrido grupo de salesianos llegados de Madrid y de los Directores de Los Pizarrales y del Teologado y de todos sus compañeros de curso e Inspectoría. El pueblo entero manifestó el aprecio que tenía al buenísimo Carmelo, acompañándole en la Santa Misa y en su viaje al cementerio.

Desde estas líneas damos nuevamente el pésame a su madre y a sus hermanos, cristianos fuertes en la fe, con la que han sabido aceptar la voluntad de Dios, que les ha privado de un ser tan querido, a las puertas mismas del sacerdocio y a los 26 años de edad.

A los médicos de Salamanca y de Madrid, a los Salesianos de la Casa Inspectorial, especialmente al Vicario don Eduardo Díez que se ha preocupado con tanta abnegación por nuestro enfermo, a los de la Casa del Paseo de Extremadura (Madrid) que le acogieron durante los meses de sus visitas al Hospital Oncológico, y a cuantos han tenido para con él delicadezas en visitarle y animarle, queremos expresar nuestra gratitud y nuestra admiración.

Carmelo vivió a conciencia sus compromisos religiosos: nunca exigió nada especial, ni siquiera en las comidas; trabajó como buen hijo de don Bosco, sin medir horas, con alegría; se sintió a gusto en la Casa Salesiana; amó a los pobres de manera real; había centrado su vida en Jesucristo y para su servicio quiso ser sacerdote sin vacilaciones, con entrega total y definitiva. No llegó a ser sacerdote; pero trabajó seriamente en su formación. He encontrado entre sus papeles el dibujo, solamente comenzado, del Cristo de Dalí; los rasgos delineados, de la cabeza y brazos, muestran la perfección con que Carmelo manejaba el pincel. Pero no pudo acabarlo. Me parece una imagen de su vida: quiso retratar en sí a Jesucristo, en plenitud sacerdotal; estuvo a punto de acabarlo; no pudo; el Señor se contentó con la perfección de la parte que la vida le permitió diseñar. Todo esto nos sirve de consuelo a la hora de su paso a la vida eterna.

Este Teologado de Salamanca, a la par que llora la pérdida de tan buen Hermano, y reza por él, da gracias a Dios por la huella de autenticidad salesiana que ha dejado en sus compañeros y superiores.

Con afecto de hermano y en unión de oraciones os saluda,

José A. Rico (Director)

Datos para el Necrologio: CI. CARMELO BERZOSA NAVAZO, *nacido en Hontoria del Pinar (Burgos), el 19 de mayo de 1944, muerto en Hontoria del Pinar el 21 de marzo de 1971, a los 26 años de edad y 8 de profesión.*